

moneo en ávila

JUAN IGNACIO MERA



FACHADA DEL EDIFICIO REALIZADO POR RAFAEL MONEO PARA EL AYUNTAMIENTO DE ÁVILA

Juan Ignacio Mera es arquitecto, profesor de proyectos de la ETSA de Madrid y vocal de la Junta de Gobierno del COAM

No disfrutamos de los sabores agri dulces, algo tan instalado en el paladar del buen *gourmet*, tan conocido por los cinéfilos que se dejan atrapar por la magia del buen cine, tan habitual para los expertos en los territorios artísticos, en cuyas profundidades se sumergen a la búsqueda de nuevos valores en el manejo de las formas.

Ejércitos de pintores, fotógrafos, escultores y poetas corren para ser descubiertos. A veces simplemente para ser oídos. Ellos nos muestran sus brillantes creaciones de las que a menudo tanto gozamos y, sin embargo, en ocasiones sus resultados son dudosos, inquietantes...; por eso nos hacen pensar, incluso sufrir.

Para nadie fue cómodo Giacometti. Pensemos también en los varones atormentados de Bacon. Y qué decir de los roedores muertos de Joseph Beuys. Sin embargo, es curioso nuestro actual paladar hacia la arquitectura: observo cada día cómo se vuelve predecible, mecánico. Sólo deseamos la dulzura empalagosa de piezas que encajan exactamente con la norma imperante, y eso en el mejor de los casos. Y es que no estoy nada seguro de que las verdaderas obras de arquitectura sean tan reconocibles a primera vista; cuántas veces se deshacen entre las manos inmensas del tiempo. Y en cualquier caso, ¿quién dijo que la arquitectura debía ser cómoda? No quiero imaginar el espanto de los pacientes habitantes de la villa de El Escorial cuando llegaron las primeras piedras del futuro monasterio. Si por ellos hubiera sido, dudo mucho de que hoy pudiéramos disfrutar de semejante joya, que a todos nos parece hasta ecológica. Me los imagino trabajando la tierra plácidamente, mientras iba creciendo a su lado un espantoso objeto, un despropósito –supongo– para ellos.

La ciudad de Ávila ha sufrido recientemente un disgusto. La plaza en la que Santa Teresa se nos muestra dos veces perdió sus históricas construcciones en uno de sus brazos y el paisaje apareció ante los incrédulos abulenses. Sus queridas y entrañables, aunque banales, construcciones poco fueron añoradas, y cuando menos se esperaba –porque los tiempos en arquitectura son lentos– apareció nuestro arquitecto más reconocido en escena.

Rafael Moneo, que lo tiene todo, cae, según un sector de la profesión, en el error de proyectar un edificio allí. Todos nos asombramos: ¿cómo un arquitecto de su prestigio se mete en semejante lío? Es como si nos extrañásemos de que el médico de mayor reputación rebajara su saber intentando curar una dolencia poco lucida. En mi opinión, éste es uno de los esfuerzos que más deberíamos agradecer. Se trata de un profesional que se enfrenta a un problema y trata de resolverlo aplicando su pericia y conocimiento. Cuando un arquitecto adquiere ya este prestigio, tiene un problema: casi nadie le dice la verdad; se habla a sus espaldas; se le adula a la cara y se le critica en los periódicos con desconocimiento.

En una visita a la ciudad de Ávila comentábamos: ¿habrá cometido un error Moneo? Yo contesté: lo estoy pensando. Si sé que casi todo lo que allí hay construido es peor salvo, por supuesto, lo que cuenta con más de doscientos años de existencia, por decir una antigüedad. Observamos la propuesta de Moneo y no dejo de pensar en las potentes murallas, hoy patrimonio de la humanidad. En un esfuerzo mental que nos traslade al tiempo de su construcción, no puedo imaginar a ningún observador alabando su belleza.

Si existe una arquitectura funcionalista, ésta está representada precisamente en ellas: su altura, el espesor de sus muros, su silueta almenada, los contrafuertes en torre... Toda su forma responde a una función: la defensa del enemigo; todo su carácter y representación, a una lógica: la de la guerra. Sin embargo, ¡qué belleza encierran las murallas...! Como los jaguares, como los grandes deportistas, como los mitos, viven ajenos a la belleza que desprenden. Y es que si son conscientes de ella, la pierden. La arquitectura debe ser abrupta, incómoda, funcional, y a fuerza de ello representar a las personas.

Moneo se ha esforzado en Ávila. Fui expresamente al lugar y lo pude comprobar. Una dura impresión primera muestra una construcción elevada y estrecha, puente entre dos calles. Nada de: "... si fuera más baja estaría mejor". Moneo quería que fuera alta. Una multitud de ventanas, seguramente como respuesta ante una posible solicitud de un muro cortina vidrioso o espejado, se trata delicadamente como un tapiz dibujado, con vibraciones que se descubren poco a poco en una composición más compleja de lo que aparenta a primera vista. Se exagera su altura reduciendo el tamaño de los huecos según se eleva el alzado, en un guiño a Sostres. Es una propuesta a la italiana, que trata de estar allí y aquí en el tiempo. Una propuesta que enlaza sus últimas ventanas con el alero que admite la norma en el lugar –salvo si alguien se llama Jean Nouvel–, para desgracia de sus seguidores. Un edificio alto y elegante surge junto a una pieza más apretada que se pega a la ciudad y que produce uno de sus momentos más bellos en el agolpamiento de los volúmenes unos junto a otros, encuadrando un trozo de paisaje quizá demasiado pequeño, recreando una de las delicadezas olvidadas de las mejores ciudades en la aparente casualidad de los acontecimientos. Sobre un subterráneo francamente bien resuelto y un vacío interesante en la plaza, quizá el proyecto muestre una de sus decisiones menos felices en sus frentes testers. Allí donde el edificio mira a la muralla, donde nos abre su puerta subterránea, puede que el maestro hubiera deseado mejorar su solución.

Pero no es tiempo de tertulia. De nada se puede hablar porque por todo nos enfadamos. La crítica anda muda, si no es para adular o utilizar el insulto. Echo en falta este disfrute de lo agri dulce. Esta necesidad de pensar a que nos obligan las obras de los maestros, a veces plagadas de defectos, pero sinceras por sus errores atrevidos y generosos.